

AMÉRICA, MAÑANA



Conciudadanos de EE.UU.:

Os hablo desde el Despacho Oval para llevar la esperanza hasta vuestros hogares y confortaros en estos tiempos de tribulación. Las sucesivas catástrofes que se han abatido sobre nuestra otrora gran nación siguen amenazándonos, pero mantenemos nuestra firmeza.

La zona de fertilidad negativa que es ahora el desierto Medio Oeste del país divide al este del oeste, pero la vida se está recuperando. Los valientes pioneros de la nueva Iglesia de Joseph están arrebatando Salt Lake City a los emponzoñados desiertos tal como lo hicieron en tiempos lejanos sus antepasados, y rezamos por ellos. Y puede que Nueva Orleans esté bajo tres metros de agua, pero no en vano la llaman la Nueva Venecia.

Aquí, en el corazón del gobierno, seguimos trabajando en estrecha colaboración con las megacorporaciones que hacen de este país el milagro económico que es hoy en día, para llevar la prosperidad y las oportunidades de progreso a todos los que quieran unirse a nosotros. Todos los desafortunados ciudadanos o los que desean ejercer su derecho democrático a vivir según su voluntad, sin importarles lo lejos que se encuentren de la como-

didad y seguridad de las ciudades corporativas, pueden quedarse sin problemas en sus chozas sabiendo que las nuevas fuerzas de Operaciones Autorizadas trabajan sin descanso para protegerlos de las bandas de motoristas y matones de la Zona Vedada.

La cadena de manifestaciones y acontecimientos aparentemente inexplicables u ocultos de los que hemos sido testigos recientemente muchos de nosotros, es algo real. Incluso los científicos de nuestro gobierno son incapaces de explicar gran parte de lo que está sucediendo. Nuestros líderes religiosos nos dicen que mantienen a raya a las entidades desconocidas que han infestado las redes de datos en forma de virus.

Un ciudadano preocupado por los hechos me preguntó hace unos días si creía que estábamos ante el fin de los tiempos, en los que Dios Nuestro Señor volverá a nosotros y nos extasiaremos ante su gloria, o si sólo nos está poniendo a prueba como un día lo hizo con su propio hijo. Amigos, yo no puedo responder a eso. Pero estoy firmemente convencido de que con la ayuda de Dios debemos trabajar, como siempre lo hemos hecho, para crear un futuro glorioso en esta hermosísima tierra.

Gracias a todos vosotros, y Dios que bendiga a América.

Presidente Estévez

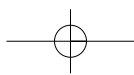
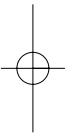
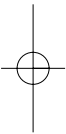
Ofrecido a los oyentes en colaboración con la
Corporación GenTech.

Al servicio de los intereses de EE.UU.

[Borrador para el discurso presidencial del 3 de julio
de 2021. Nunca llegó a transmitirse.]

A este país lo llaman la Puerta del Infierno y eso es lo que fue para las primeras gentes que se aventuraron en él. Cuando mi padre llegó aquí sólo había un puñado de salvajes y jesuitas. El viejo Thomas Jefferson dijo que él era un guerrero, por eso su hijo podría ser granjero y el hijo de su hijo poeta. Y yo soy ganadero para que mi hijo pueda ser comerciante y así el hijo de mi hijo se pueda trasladar a Newport, Rhode Island, y pueda comprar un velero y no tenga que volver a ver jamás estas malditas montañas.

THOMAS MCGUANE, *The Missouri Breaks*



PRIMERA PARTE La gasolinera de Slim

I

–Señor, ¿qué clase de acento tiene usted? –preguntó el hombre de la gasolinera mientras introducía la manguera en el depósito del coche de Duroc.

Llevaba encasquetada una gorra de béisbol en la que la insignia del equipo estaba oscurecida por el aceite, y sobre el mono de trabajo lleno de agujeros llevaba prendida una chapa de identificación con su nombre: Slim Pickens. Quien le hubiera puesto el sobrenombre de Slim debía de haberlo hecho al menos treinta años atrás. Ahora, el vientre le abultaba bajo sus vaqueros como si se tratara de un embarazo doble.

–Francés –dijo Duroc, apretando los dientes.

El dolor del costado le resultaba casi insoportable, pero no lo exteriorizó. Hacía algunas horas, el entumecimiento se había generalizado, y ahora sentía como si estuviera conduciendo con un cuchillo de hoja plana clavado entre las costillas.

El demonio necesitaba que lo bañasen en sangre constantemente.

–Me llamo Roger Duroc. –Daba lo mismo que lo supiera. Total, él iba a morir muy pronto y el nombre no significaría nada para nadie.

–Royéi, ¿eh? ¿No será usted de Nueva Orleans, Luisiana?

–No, de París, Francia.

–Uropeu, ¿eh? –exclamó Slim, dejando al descubierto una dentadura podrida en algo que parecía más una mueca que una sonrisa–. Tendría c’ahabérseme representau por el mou que lleva la manu metida endebajo la chaqueta, como Napoleón Buena-parte en la tele. Ustés los franchutes deben tener cuidao de cómo van por ai echando mano’ a la barriga a c’a rato. Nosotros no vemos mucha gente de Uropa por estos andurriales, no señor, nunca. A las veces algún japo, pero nunca uropeus.

Bajo su abrigo negro, Duroc apretó la venda sobre la herida. El demonio se revolvía, inquieto, y la sangre no dejaba de manar. El dolor desaparecería pronto, cuando hubiese cumplido su misión.

El Camino de Joseph estaba lleno de espinas, pero pese a todo compensaba.

Slim dejó colocada la manguera para que los depósitos del coche de Duroc se fuesen llenando y apretó algunas teclas en el terminal instalado en el antepatio. El ordenador estaba en línea con los sistemas del Cadillac.

–Estoy haciendo algunas comprobaciones, Royéi. Sexo seguro para autos, así le llamo yo. Que con todos los virus que andan por ai, hay c’andar con cien ojos. No quiero que el viejo Beulah –mi programa informático maestro, el Beulah– coja cualquier enfermedad extranjera de computadoras franchutes y se me caiga podrido a pedazos. ¿Por qué iba a quererlo?

Duroc no respondió. Slim era fornido, estaba tatuado y lleno de cicatrices. Probablemente se trataba de un veterano de guerra. También era de estatura aventajada; lo

único blando que tenía era la panza. Tenía todo el aspecto de un vaquero de los filmes subtítulados del Oeste que su tío lo había llevado a ver en la Filmoteca Francesa cuando era niño. Había una ligera incomodidad en la relación de Slim con el teclado. Había perdido la punta del meñique izquierdo. Eso se lo había hecho la yakuza, que tiene la costumbre de cortar parte de un dedo cada vez que uno de los suyos comete un error. De modo que el encargado de la gasolinera había tenido un descuido, pero sólo uno. Era una buena marca para una persona aislada en el desierto de Colorado. Los yaks deben de querer que su mejor hombre mantenga abiertas las líneas de abastecimiento. Administrar una gasolinera al lado del desierto era un asunto lleno de riesgo teniendo en cuenta la proliferación de renegados y de las bandas fanáticas. Slim debía de haber librado muchas batallas, matado a mucha gente. No era más que una buena práctica comercial.

—Ajá, Róyei, está limpio. No hay bichitos en su coche. Es una máquina realmente limpia. ¿Urupea?

—Americana. Un Cadillac coupé De Ville, 1962. Con modificaciones.

Slim lanzó un silbido entre dientes.

—Listo para ponerse en marcha, Hirohito.

Duroc se daba cuenta de que sudaba de mala manera. Tenía el cuello empapado. Le dolían las mandíbulas como si hubiera mordido una bala imaginaria. El demonio se removía lentamente y las costillas de Duroc parecían apretarse unas contra otras. Ajustó aún más la venda y tragó saliva.

Se trataba de un demonio poderoso. El Invocador lo había sumergido en su propia sangre antes de confiárselo a Roger Duroc. Éste había hecho todo el camino desde Salt Lake City con aquella cosa, luchando para evitar que germinase antes de tiempo. De llegar a desplegarse dentro de su cuerpo, su muerte sería cuestión de segundos, y la mi-

sión tendría que empezar otra vez desde cero. Otro demonio, otro discípulo. Al Invocador no le gustaría.

—No pasan demasiadas personas corrientes por aquí, ¿sabe? La mayor parte son caravanas. Las grandes corporaciones necesitan hacer un alto en algún lugar de la interestatal. GenTech efectúa su comercio por esta ruta y nosotros vemos a algunos oficiales de operaciones. Y me atrevería a decir que una pareja de delincuentes ha estado ahí donde usted se encuentra ahora y ha puesto gasolina. Chicos y chicas realmente desagradables, supongo, muy desagradables. Por lo demás, su pasta es tan buena como la de los demás, y a nadie le importan ya las gasolineras. Las bandas las necesitan tanto como las corporaciones. Gasolina, agua y comida. Esto es lo que se necesita para seguir vivo aquí, y nosotros tenemos de las tres cosas. ¿Querría probar las costillitas fritas de tofu especiales de Slim, con patatas picantes y cerveza de raíces? No nos quedan sucedáneos de hamburguesa. Sé que los franchutes tienen fama de apreciar la buena comida. Podría agregarle unos conos helados de Pappy Moe.

Duroc negó con la cabeza. Slim no se mostró ofendido.

—Nunca sabrá lo que se está perdiendo, Róyei. Digo más, podría cazar algunas ranas viejas y arrancarles las ancas si lo prefiere. Agregarles un puñado de caracoles y regarlos con algún tipo de salsa de gurmete o algo así.

—No, gracias, está bien así. Ya he comido.

Beulah le había hecho un servicio completo al Cadillac mientras se llenaban los dos depósitos. El coche estaba limpio de bichos.

—Oiga, ¿le ha dicho alguien que no tiene muy buena cara, Róyei? El desierto no le sienta muy bien, ¿no es así? ¿Supongo bien si digo que allí en Uropa no tienen kilómetros de arena, ni un sol ardiente que cae durante todo el día como plomo derretido, ni aulladores vientos helados que lo congelan a uno por la noche ni coyotes mutantes que se

te lanzan a los neumáticos? Dios, cómo odio sus maullidos. A mí me parece que las serpientes de cascabel no necesitan más de una cabeza, ¿verdad?

A Duroc se le revolvió el estómago. Quería salir cuanto antes de allí. Se había visto la cara en el retrovisor y se había dado cuenta de que tenía el aspecto de un cadáver de una semana con un acceso agudo de fiebre.

–¿Se lo pago con cheque o quiere efectivo?

–Con tarjeta.

–Bien, ¿pero no va a tener que ponerle demasiados timbres fiscales?

–No importa.

Duroc levantó el parche de la herida y lo dejó caer dentro de la chaqueta. Deslizó los dedos sobre la herida abierta y notó el extremo duro del demonio que le emergía de las costillas. Lo liberó suavemente y cogió la parte sobresaliente con el índice y el pulgar.

–¿Está usted bien, Róyei? ¿Puedo ofrecerle alguna droga? Hoy tenemos un especial de anfetaminas.

–Estoy bien –dijo Duroc extrayéndose al demonio del interior–. Parece que se me coló la tarjeta de crédito dentro del forro de la chaqueta. No es la primera vez que me pasa.

El demonio quedó libre. Duroc lo cogió y lo sostuvo en alto. No se lo veía cubierto de rojo. Había absorbido la sangre. La herida de Duroc se había cerrado y sintió un picor mientras crecía la nueva carne. Era un gran alivio tener a aquella cosa fuera, al aire libre.

El encargado de la gasolinera cogió al demonio y lo miró. Estaría viendo los símbolos en el rectángulo blanco liso. American Excess, Disneycard, Bonos del Gobierno de EE.UU. El que tuviese una cotización más alta.

Slim introdujo al demonio en una ranura situada en el teclado de la terminal y la criatura se perdió entre los mecanismos de la maquinaria.

Listo.

–Espere, que le doy sus bonos GenTech –y mientras lo decía cortó un montón de cupones de color verde de un rollo. Duroc los cogió.

–Tiene sangre en la mano, señor.

–Algunas veces me sangran las uñas si no las llevo bien cortadas.

–Parece que va a poder usar los bonos para eso. Si reúne quince álbumes, GenTech le ofrece algunas reparaciones de cirugía menor totalmente gratis. He oído decir que un cliente mayorista de las afueras de Flagstaff consiguió que le cambiaran los riñones por sólo cincuenta y tres álbumes.

Duroc caminó hasta el coche.

–Eh, Róyei...

Se agachó y entró por el lado del conductor. El coche arrancó inmediatamente.

–Se olvida...

De cero a cien en doce segundos.

–... su...

El Cadillac levantó una nube de polvo.

–... tarjeta de crédito.

En lo más íntimo de Beulah, el demonio se estaba instalando y empezaba a crecer rápidamente.

«Esto –pensó–, es cosa hecha.»

II

Aquí la ZBC, la emisora que tiene de todo, que le proporciona todo lo que usted pueda desear durante las veinticuatro horas, patrocinada por GenTech, la sección de bioproductos que realmente cuida de usted...

Dentro de un momento sabremos si Bobby y Suki pueden permitirse ese nuevo testículo para Tommy en el emocio-

nante capítulo de hoy de Mi madre, la biocirujana, y Cyke Steele, el experto en autoayuda de la revista Armas y Muerte nos explicará los pros y los contras de las nuevas leyes sobre el napalm en nuestro programa de consejos a los consumidores, Mantenerse vivo. Pero antes de eso, conecte con la realidad con la deliciosa Lola Stechkin, que les ofrece su Bole-tín del Desayuno desde la comodidad de su jacuzzi...

¡Hola, América! Hoy es 10 de enero de 2025 y yo soy Lola, que los invita a entrar en el agua. Éstas son, estimados oyentes, todas las noticias que les interesa escuchar...

En Washington, Distrito Federal, el presidente Estévez ofreció ayer una cena a todos los antiguos ocupantes supervivientes de su despacho. Los ex presidentes Gerard Ford, Bill Clinton, Spiro Agnew y Charlton Heston asistieron al acto. Desgraciadamente, la velada terminó abruptamente durante la interpretación de You Did It Your Way por Britney Spears cuando los ex presidentes Ford y Heston iniciaron un inexplicable altercado que indujo un cortocircuito en el marcapasos cerebral del señor Ford. El ex presidente no era un usuario de GenTech y su avería es la más reciente de la serie de contratiempos que está minando la reputación de la Thalamus Corp., fabricante del producto. El señor Ford, aunque clínicamente muerto, se encuentra «tranquilo» según sus médicos, que tratarán de reanimarlo con nuevos implantes cerebrales antes de que muera...

Salt Lake City, Deseret, antigua Salt Lake City, Utah. El venerable Nguyen Seth, el líder josephita que desafió a los expertos rescatando del desierto la ciudad abandonada en el pasado, anunció en el día de hoy que está abriendo el PZ «a todos los gentiles que deseen trabajar en la construcción de un nuevo futuro». Caravanas blindadas de colonos hacen viajes regulares a Salt Lake City desde hace tres años, pero hasta ahora sólo podían embarcarse los que abrazasen la fe josephita. A partir de ahora, la puerta está abierta, en palabras del venerable Seth, «a todos los buenos cristianos

para que alcancen su salvación donde el desierto empieza a florecer»...

Fort Comanche, Nevada. El general Ernest Haycox, comandante en jefe de la Caballería de EE.UU., y la señora Redd Harvest, de la agencia Turner-Harvest-Ramírez, acaban de anunciar que como consecuencia de su última actuación conjunta, las bandas de Maniax ya no son un problema en el suroeste de EE.UU. El eminentísimo Toro-Alce de los Maniax ha enviado la cabezas cortadas de diez personas elegidas al azar de la Caballería y de T-H-R a esta emisora junto con una declaración formal del fin de la guerra. Les daremos más noticias de este conflicto a medida que se vayan produciendo...

¿Se ha planteado alguna vez lo horrible que sería si de repente se volviera ciego? No volvería a ver la televisión nunca más, y a duras penas podría andar por las calles. Los implantes ópticos cuestan menos de lo que imagina, y GenTech acaba de anunciar un plan de pago a plazos muy conveniente que durará sólo hasta fin de mes. Consiga un ojo a mitad de precio y compruebe cómo se siente antes de completar el tratamiento. Verá el mundo desde una perspectiva diferente. GenTech, la biodivisión que se preocupa por usted...

Ciudad del Vaticano, Roma. El papa Georgi, que a sus cincuenta y seis años es el hombre más joven que ha ocupado el cargo desde hace siglos, ha ampliado los términos del Vaticano LXXXV, la controvertida bula que ha reconfigurado la Iglesia Católica. Las mujeres siguen sin poder acceder al sacerdocio, pero se ha dado a las monjas una categoría similar dentro de la Iglesia y pueden oficiar misa. A la vista de los problemas demográficos del Tercer Mundo, Georgi ha dado un giro de ciento ochenta grados en la tradicional posición de los papas sobre la planificación de la familia. Todavía no hay confirmación de los rumores que señalan que el Vaticano tiene planes para lanzar al mercado un preservativo oficialmente aprobado por la Iglesia con la marca comercial de Guardia Suiza de Su Santidad...

Londres, Reino Unido. El primer ministro Mandelson anunció en el programa nacional de noticias de la BBC-TV que el racionamiento temporal de mantequilla, azúcar, gasolina y municiones seguirá por lo menos hasta el próximo año. En una espontánea manifestación de apoyo en el exterior del palacio de Westminster, la policía metropolitana calcula que al menos trescientas personas sufrieron los efectos del calor y tuvieron que ser hospitalizadas...

Moscú, URSS. El primer ministro Abramovich se casó hoy en terceras nupcias. Su nueva esposa, la cantante Julia Volkova, cantó para sus admiradores en el banquete de bodas y dedicó al feliz marido una versión de su éxito millonario de ventas Amor, sexo, amor...

Y hablando de amor y sexo, ¿le ha preocupado alguna vez que su placer físico resultase inferior al de su pareja? Gracias a GenTech, ahora puede olvidarse de sus preocupaciones. Por una cuota increíblemente reducida nuestros expertos neurocirujanos pueden afinar sus terminaciones nerviosas e intensificar sus orgasmos hasta diez veces. Tenemos miles de clientes satisfechos. GenTech, la biodivisión que se preocupa por usted...

Nápoles, Italia. Bruno di Gerónimo, jefe convicto del crimen organizado de todo el sur de Italia y presunto capo de las doce familias de la mafia, fue conducido en el día de hoy por vía marítima al penal de Sicilia, en el que ha sido condenado a pasar el resto de su vida. A juzgar por la alta tasa de mortalidad de la isla, totalmente poblada por criminales convictos de la Unión Europea, no se cree que su esperanza de vida vaya mucho más allá de los tres meses...

Berlín, Gran Alemania. Rudolf Hess, restablecido ya de su reciente operación de cibercirugía, ha ganado en los tribunales el caso contra el club nocturno Swinging Swastika por lo que ahora posee los derechos de los símbolos, uniformes, banderas, armas, arquitectura y filosofía del Tercer Reich. Si todas las organizaciones que en la actualidad utilizan la sim-

biología nazi pagasen derechos, Hess sería un hombre muy rico. Ulrich Sturm, de la banda Kultur Komandos de Knoxville, Tennessee, ha enviado un comunicado a la prensa que dice: «¡Si ese viejo cabeza cuadrada nos j-de mucho, le arrancaremos los p-tos pulmones y lo abogaremos en ellos!».

Puerto Belgrano, Antártida. La semana pasada hubo un pequeño recrudecimiento de la guerra de las Malvinas cuando un grupo de mineros británicos borrachos que trabajan en la mina de molibdeno se liaron a tiros con las autoridades argentinas. No darán a conocer las bajas hasta que se hayan comunicado a los familiares, pero se cree que el famoso delincuente Ice Kold Katie se cuenta entre los muertos. El jefe de policía, Felipe Almodóvar, el controvertido «representante de la ley al sur de Tierra de Fuego», ha decretado la prohibición de portar armas cortas de fuego dentro de los límites de la ciudad para todos los que no sean representantes del orden debidamente autorizados. Bronco Charlie Mander, portavoz de la comunidad minera británica, se quejó de que Almodóvar hubiese acompañado esta prohibición con una autorización para todos los argentinos dentro de un radio de mil quinientos kilómetros y declarase abierta la temporada de caza de británicos...

Una ama de casa de Utica, Nueva York, ha reemplazado las aletas de su pato mascota por una tabla de deslizamiento robotizada. «Ahora puede esquivar mucho mejor y es tan rápido que los chicos del barrio no pueden acertarle con sus pedradas», manifestó esta señora. Los científicos están asombrados. Esto es lo que en la ZBC llamamos «pensamiento patoso», jì, jì, jì...

Les habló Lola Stechkin de la ZBC, que ahora se despide. Si ustedes están bien, nosotros también lo estamos...

Siga en la sintonía de ZBC, la emisora de radio que lo tiene todo, si desea participar en nuestro actual concurso de GenTech. Usted puede ser el afortunado ganador de un clon sexual de Lola Stechkin para su uso exclusivo o de un premio

de cien mil dólares en cirugía de bioimplantes. Todo lo que tiene que hacer es responder a tres sencillas preguntas y completar la siguiente frase: «Odio mi cuerpo porque...» y enviar las respuestas por fax junto con los cupones de tres productos cualesquiera de GenTech. Las preguntas son: a) ¿Quién es, en el momento en que se emite esta grabación, el director general de GenTech en Corea?; b) ¿Qué famoso actor de cine tiene tres penes?, y c) ¿Qué es un axolotl?

GenTech, la biodivisión que se preocupa por usted.

Nuestro próximo programa en la ZBC, la emisora que lo tiene todo, es el popularísimo concurso para toda la familia, El factor Caín, en el que pueden enterarse ustedes de si uno de los concursantes de esta semana tiene lo que hay que tener para seguir vivo en la Zona Vedada de Attica, seguido por la Gimnasia Sexual de Famosos del Programa, con el equipo de famosos de la casa, la doctora Ruth, Miko D y el vicepresidente de EE.UU., que reciben a los invitados al programa de esta semana: Voluptua Whoopee, Billy Priapus, superestrella del porno alemán, y a la gran dama del porno duro, Kitikat Gazongas. Ahora, un mensaje de GenTech...

III

Ken Kling, el Oficial de Operaciones de Turner-Harvest-Ramírez tenía el trasero muy dolorido. Trataba al personal de la Caballería de EE.UU. como si fueran clones obreros, y en ningún momento dejaba de alardear del récord conseguido por su agencia contra los Maniax. A la sargento Leona Tyree le parecía que era más fácil labrarse una reputación haciendo que unas encapuchadas se cargaran a todo el que se pusiera por delante que manteniendo la paz. Todo el mundo sabe cuántos motoristas Redd Harvest mordieron el polvo, pero nadie vio nunca material fotográfico en la televisión sobre las carreteras interestatales que se man-

tienen abiertas, las disputas resueltas o las montañas pacificadas por la Caballería de Carreteras. Porno y balas, eso era todo lo que se veía en las noticias.

Se acomodó en el asiento y apretó el acelerador. En la llanura abierta se podía permitir aumentar la velocidad. La patrulla los había llevado hacia las montañas yermas y ahora habían vuelto al Gran Vacío, el desierto que se extendía por gran parte de estos Estados Unidos. Ése era el tipo de detalle que hacía que uno agradeciese los vehículos con aire acondicionado. En el exterior, el sol brillaba despiadadamente sobre las arenas interminables. Las botellas de coca-cola que ocasionalmente dejaban en las cunetas de las carreteras se derretían formando charcos de cristal. La esperanza de vida de un paseante diurno desprevenido, sin un sombrero apropiado, era de cinco horas.

—Desde luego —dijo Kling—, Ms. H y yo tenemos una relación personal; ya sabéis a lo que me refiero. No me gusta que trabaje sola, pero ella lo prefiere así. Por lo general, estoy cerca para protegerla. Me llaman Ken Kling, la Máquina de Matar.

Tyree miró al soldado de caballería Nathan Stack que la acompañaba como copiloto, y él le devolvió la mirada. Die-ron por sobrentendidas sus mutuas opiniones sobre Ken Kling, la Máquina de Matar. Stack bajó la mirada hacia las pantallas. Nada potencialmente peligroso a la vista. La ronda estaba transcurriendo sin contratiempos. La situación se tranquilizaba siempre después de la locura de una guerra. Kling iba cómodo en la parte de atrás, sacudiéndose las migajas del pastel Energy de las marcadas rayas de sus pantalones diplomáticos. Vestía un traje elegante, la chaqueta amplia para disimular la pistolera que llevaba bajo el brazo, gafas de sol irisadas y un corte de pelo que tenía la apariencia de una montaña en forma de terrón de azúcar. Sus gustos musicales también eran pésimos. Esperaba que ellos sintonizaran Slipknot y Mothers of Violence en la MP7.

—Los Maniax son gente del pasado —dijo—, arrinconados y olvidados. Ms. H les dio la patada. T-H-R les dio la patada. Diablos, incluso vosotros, la Caballería, les habéis dado la patada. El eminentísimo Toro-Alce acaba de echarlos fuera. Dudo de que pueda poner en pie de guerra a más de veinte o treinta soldados después de la última purga. Señora mía, señor mío, se han acabado nuestros problemas.

Podrían estar en esa situación. Si los Maniax habían recibido un castigo lo suficientemente fuerte como para disgregarse, la Caballería no tendría que volver a colaborar con el T-H-R y Tyree podría echar del todoterreno al indeseado observador. Y de acuerdo con el general Haycox, esta vez se había acabado definitivamente con los Maniax. Desde luego, eso era lo que había dicho la última vez. Estaban definitivamente acabados. Haycox y Redd Harvest habían ido a la televisión y Leona Tyree a un montón de funerales. Había una frase que aparecía en demasiados comunicados de prensa: «Un número aceptable de bajas».

Todo se reduce a una bandera sobre el ataúd, aunque dentro apenas queden restos del muerto, y se coloca una placa con su nombre en algún lugar donde los supervivientes no tengan que verla muy a menudo. Si se perdió la vida en una acción realmente sangrienta le habrán puesto el nombre de uno a un fuerte. Y uno será un héroe, pero seguirá muerto, y seguirá habiendo Maniax. Aunque el eminentísimo Toro-Alce no pudiera reagruparlos y empezar de nuevo, habría otros que lo harían. Otros nombres, otras bandas, pero las mismas muertes.

—Ahora que los Maniax se han ido... —empezó a decir Stack.

—Tú quieres decir, si los Maniax se han ido, soldado —intervino ella.

—Sí, bueno, si los Maniax se han ido, ¿cuál es a vuestro parecer la banda más peligrosa después de ellos?

—La Hermandad del Vudú es fuerte. También lo son el

Cinturón de la Biblia, las Hijas de la Revolución Americana, los gaschuggers, y algunos más. Pero me imagino que con los que vamos a tener más problemas es con los josephitas.

—¿Con los josephitas? —preguntó Stack sorprendido—. Pero se supone que son como los mormones o los amish. Son los repobladores. Le han dado la vuelta a Utah como a un calcetín, lo han convertido en un paraíso, según oí decir.

—Deseret —terció ella—. Ahora a Utah la llaman «Deseret». Hay cosas de los josephitas que no has oído. En una ocasión participé en un altercado con ellos, cuando todos nosotros salíamos de Fort Valens. Yo estaba con el sargento Quincannon. Ocurrieron algunas cosas extrañas. Ese tipo, Nguyen Seth, el líder de Salt Lake City, es un embaucador de primera. No está en los informes, pero Quince lo recuerda, y yo también.

Kling soltó una carcajada.

—Llevas demasiado tiempo por los caminos, vaquera. El sol te ha recalentado la sesera. Los josephitas son los Nuevos Pioneros. El presi hace continuas referencias a ellos.

Tyree giró levemente la cabeza.

—Es posible, pero sigo prefiriendo enfrentarme a los Hermanos del Vudú que a un grupo de misioneros josephitas.

Tal como hacía a menudo, evocó por un instante Spanish Fork. Ese día había muerto un montón de gente cuando los josephitas llegaron a la ciudad, y la patrulla en que viajaba ella quedó atrapada en el fuego cruzado entre los repobladores, los Psicopompos y los habitantes de la ciudad. Había otros combatientes que no se dejaban ver. Ella había tenido que abandonar allí a un amigo muerto —el soldado Washington Burside— y ver cómo otro —el soldado Kirbe Yorke— perdía la razón a causa del choque. Allí había contemplado el auténtico rostro del venerable Nguyen Seth. Lo recordaba golpeando la cara de una fanática con-

tra el suelo, y aún veía la sangre que saltaba a cada golpe, y lo peor de todo, recordaba haber deseado unirse a él, hundir sus dedos en la sangre de la chica y quedarse con los josphitas mientras ardía Spanish Fork.

—A la mierda. Pero vosotros, los franjas amarillas, sólo sois una panda de jodidos cobardicas. No aguantaríais más de cinco minutos en una Zona Vedada. ¿Por qué podría Ms. H...?

Stack giró en redondo y dijo algo a Kling en voz baja y apresuradamente, y el Oficial de Operaciones de T-H-R se detuvo a mitad de la frase. Por el espejo retrovisor, Tyree vio cómo se revolvió incómodo en su asiento, moviendo nerviosamente los hombros para acomodar la pistolera. Era uno de esos Oficiales de Operaciones a los que les gustaba llevar un pistolón. En Fort Apache tenían un dicho: «Cuanto más grande es la pistola, más se exagera y más pequeña es la polla». Según esa escala, Ken Kling, la Máquina de Matar, debía de calzar un número muy pequeño genitualmente hablando.

El todoterreno les anunció que tendrían que parar para poner gasolina y hacer una revisión antes de los quinientos kilómetros. Stack pidió una lista de las posibles paradas.

—¿La estación de Slim Pickens? —preguntó.

Tyree hizo memoria. Slim había estado estrechamente unido a los yakuzas, y eso no era un buen precedente. Pero el consorcio japonés del crimen tenía al menos la reputación de atenerse a las reglas de honor. Ellos no echarían azúcar en la gasolina de los de la Caballería tal como lo hacían en otras estaciones de servicio fuera de la ley. Y la barba de Slim era una de las maravillas del Oeste.

—De acuerdo —dijo, y se puso a reprogramar el rumbo del todoterreno, saliéndose de la ruta interestatal a la primera oportunidad. La carretera secundaria por la que empezó a rodar estaba llena de baches, pero Tyree ni se daba cuenta. Ken Kling tenía un buen baile en el asiento trasero,

y el estabilizador independiente del asiento delantero les permitía ir cómodos a ella y a Stack. En el exterior, todo estaba en calma. Sólo arena y rocas, y algunos huesos blanquecinos aquí y allá. En esta parte de Arizona, incluso los buitres se morían de hambre.

–¿Quieres que ponga algo de música? –preguntó Stack.

–Sí, me parece bien. Alegraría un poco el ambiente.

–¿Qué clase de música tenéis? –intervino Kling, interesado.

–De dos clases, Ken –respondió Stack–. Country y vaquera.

IV

En materia de sistemas, Beulah era una hermana débil, una tirada. La forma física del demonio desapareció en la ranura del lector de tarjetas y se deslizó por el terminal siguiendo los conductos principales, accediendo a los grandes programas, haciendo caer los bloqueos de seguridad como si se tratara de bolos. ¡Era el Master del Universo cibernético! No había programa que no pudiese destripar, ni sistema que no pudiese descascarar como un huevo duro, ningún control que no pudiese superar. Había muros yakuza levantados alrededor de los bancos de memoria e instrucciones de base, pero el demonio los sorteó con facilidad y redistribuyó los bits de información por todo el sistema. «Du-du-á», se regocijó, ¿qué era eso para un hoohah?

Había sido una victoria sin interés. Éste era un pequeño sistema cerrado, aislado de las redes de datos. Sin embargo, Beulah era lo suficientemente compleja como para convertirse en una confortable plataforma de lanzamiento para su plan maestro de asalto. Los huesos se estaban articulando bien, y estaba preparando su demostración para ponerse en marcha.

Beulah fue arrastrada al fondo y violada sistemáticamente. El recién llegado tomó el sistema circuito a circuito apoderándose de todas sus memorias. La información siempre podría ser útil. Le llevó sólo unos segundos aprender japonés, y compuso unas docenas de haikus obscenos antes de volver a aburrirse. Se extendió a todos y cada uno de los terminales y vio lo que podía hacer.

Apagó las luces de todos los lavabos de las gasolineras y bloqueó todos los ventiladores y los aparatos de refrigeración. Luego encendió los radiadores diurnos de uso infrecuente e hizo experimentos con los aparatos domésticos. Puso a funcionar las tostadoras, convirtió el interior del congelador en un bloque sólido, jugó con los aparatos de radio y televisión al mismo tiempo, y utilizó el teléfono para llamar a números equivocados en todo el mundo.

—Sé quién eres, y he venido a apoderarme de ti, apoderarme de ti, apoderarme de ti —barbotó en los contestadores de varios continentes. Una leve paranoia no le hace daño a nadie.

Finalmente, también se aburrió de aquello y se sentó en los postes de servicio de la gasolinera esperando a que llegara el todoterreno.

V

El soldado Nathan Stack tuvo necesidad de salir del vehículo. No eran sólo las cinco horas encerrado en la máquina con aquel necio de Kling, oyendo las estúpidas opiniones del Oficial de Operaciones sobre todo lo que se movía, desde los cerdos hormigueros hasta las zigósporas. No era sólo lo que parecían veinticinco tazas de recafeinado chapoteando en su vejiga. Tampoco era la concentración de la vista en las pantallas hasta que todo lo que veía tenía un halo verde. Y no era, por supuesto, el efecto incitante de

estar atado a un asiento a pocos centímetros de la sargento, a la que él había acompañado regularmente a lo largo de dieciocho meses hasta que promovieron a Tyree a su actual cargo. Era el propio todoterreno. Stack se había enrolado en la Caballería de Carreteras con la esperanza de que pusieran en sus manos una moto y le permitiesen patrullar solo. Él no era hombre para un cuatro ruedas con techo. Que le dieran una moto y no habría nadie en el cuerpo que se le pusiera por delante. Le dieron el puesto número dos en un todoterreno y no era más que un sudoroso pulsabotones con dolor de cabeza ocasionado por la pantalla. Se estaba haciendo viejo para esto.

Cuando Tyree echó el freno en la gasolinera de Slim, Stack se soltó el cinturón de seguridad y abrió la puerta de su lado. Salió del aire acondicionado del interior del coche y recibió una bofetada de calor en el rostro. Inclino el ala del sombrero hacia adelante, dando sombra a los ojos y estiró los brazos y las piernas, ajustándose los tirantes amarillos. No corría ni una gota de aire, por eso todo lo que se divisaba alrededor yacía bajo el cielo del desierto como si estuviera clavado. Un perro viejo estaba despatarrado sobre un sillón, el cuerpo curvado en torno a los muelles que sobresalían del tapizado. En el porche colgaban silenciosos los móviles de viento, y en el patio adyacente se oxidaban los esqueletos de modelos de coche desaparecidos hacía mucho tiempo. Incluso las moscas estaban durmiendo la siesta. Esto era Boot Hill para vehículos de motor.

Una forma oscura se arrastró fuera de la casa, azotando el aire con una ajada gorra de béisbol.

—¡Hola, Slim!

El encargado de la gasolinera saludó con desmayo y avanzó sin prisa hacia ellos. Tenía en su haber veinticinco detenciones por cargos que iban desde asesinato en primer grado hasta la violación de los derechos de patente de repuestos y accesorios, y tenía una condena —cuya aplicación

quedó en suspenso— por conducción temeraria. Para ser un simple empleaducho de gasolinera, tenía un abogado de campanillas de la Japcorp.

—Buenas tardes, soldado. No sus creeríais el día que lle-
v'hoj. Parece que tó s'haya vuelto loco en este maldito lu-
gar. M'esplotó la tostadora de pan, el horno lanzó sus mi-
crondas por toda la cocina, mi mejor vajilla fue pa la basura
y el láse de perímetro estuvo dando la coña tó'l día po las
plantas rodadoras.

—El tiempo está desquiciado, Slim, completamente des-
quiciado.

Slim sostenía ya la manguera de la gasolina.

—¡Y que lo digas!

Stack abrió el tapón de la gasolina y lo mantuvo abierto.
Slim metió la manguera en el tanque y enchufó el interfaz
del sistema. Se encendió una hilera de luces de diferentes
colores que empezaron a parpadear alternativamente, ha-
ciendo sonar un musiquilla agradable.

—Me vino un cliente mu temprano qu'era de París de
Francia. Una ristra de cebollas arededor del pescuezo, la
camisa listá y un sombrero, ma o meno. Tenía un acento
oo-la-lá que n'os lo podéis crer.

—¿Es cierto eso?

Tyree también había salido del todoterreno.

—¿Tienes algunas costillas que se puedan comer, Slim?

—No señora —respondió—. La cocina se negó a tirar esta
tarde. La barbacoa está apagada.

Tyree escupió en el suelo. Habría que echar mano de
las raciones de la Caballería. Golosinas Energy y agua mi-
neral.

—Podría tener algo de café recafainado si la cafetera no
s'hubiera ido al infierno.

—Entraré.

Stack procuró no mirar a Leona Tyree mientras ésta
cruzaba el patio; hizo como que no se daba cuenta de que

el cabello de la mujer no se ajustaba al moño reglamentario y trató de no pasear la vista por las curvas de su cuerpo. Se la veía estupenda con su uniforme de Caballería, los pantalones azules ceñidos, cruzados de arriba abajo por sendas bandas amarillas, la blusa ajustada de manga corta con los galones de sargento, los pesados guantes que se iba quitando. Tal vez se presentase otra vez a los exámenes para sargento cuando volviesen a Fort Apache. Si volvían a tener el mismo rango, tal vez las cosas entre ellos pudiesen ser como antes. Quizá volviesen a tener suerte una cuarta vez.

–Eh, vaquera –gritó Kling desde la parte trasera del todoterreno al tiempo que bajaba el cristal de la ventanilla–. Tráeme un par de latas de co-cola aprovechando el viaje.

Tyree hizo como que no lo oía y se centró en aliviar el dolor de sus rodillas, codos, muñecas y manos. Stack admiraba el modo en que ella se valía de los movimientos de las artes marciales para tratar los inevitables dolores que provocaba la conducción del todoterreno. Era mucho más disciplinada que él, y mucho más organizada también. No era casual que tuviera los galones.

Se oyó un rugido y se expandió en el aire un fuerte olor. Cerca del todoterreno se detuvo una motocicleta. Stack clavó la mirada en el motorista, un joven vestido con el mono de cuero tradicional. No llevaba los colores flotando al viento. No tenía marcas distintivas.

–¿¡Eh! Alguien se ocupa de esto? –gritó el motorista con voz inapropiadamente aflautada y estentórea.

Slim ignoró al nuevo cliente.

–Dime, soldado –empezó –. Tengo uno nuevo. ¿Tú como llamarías a un cliente que va de Nueva York a París, Francia, cruzando el Atlántico, y luego regresa sin haberse dado ni un baño?

Se oyó un clic en el terminal y Stack notó un olor espantoso en el aire. Miró a su alrededor. Tyree también estaba

alerta. El motorista no era. Estaba encendiendo un cigarrillo. Era la manguera de la gasolina. Saltaban chispas de ella y salía un hilillo de humo.

Slim empezó a reírse a grandes carcajadas moviendo la barriga y haciendo retemblar sus michelines de grasa, y respondió a su propio acertijo.

—Lo llamarías...

Stack y Tyree se lanzaron cuerpo a tierra al unísono.

—¡Un cerdo de ida y vuelta!

Luego, se desató el infierno.

VI

El demonio, desalojado violentamente de su lugar de descanso, saltó y se coló a través de la manguera de la gasolina en el sistema de conducción y mantenimiento del todoterreno.

Cogida por sorpresa, la máquina claudicó inmediatamente. El demonio se encontraba más feliz aquí que en el barullo de la gasolinera. Esto era lo más de lo más, el último grito de la técnica. Se posicionó en el centro de control y se expandió a través de todo el sistema.

Dejó atrás a Beulah, rendida y escacharrada. Ya no iba a servir ni para la gasolinera ni para la barbacoa.

El motor era un sueño de acero y aceite. Los sistemas de armamento estaban muy bien cuidados. Los bancos de memoria desbordaban de información. Y el demonio podía sentir la red de datos maestra del todoterreno, con la que se había conectado a lo largo del día anterior. Fort Apache. Incluso las resonancias del fuerte resultaban formidables para el recién llegado. Estaba tan lejos del todoterreno como éste lo estaba de un reloj digital. Varias horas por delante...

El todoterreno, poseído en un instante, cobró vida.

Tenía un procesador de voz con un repertorio limitado de frases mecánicas: «Abróchese el cinturón, por favor», «Debe parar para poner gasolina antes de quinientos kilómetros», «Se va a producir un cierre de emergencia», «Que tenga un buen día». Pero podía adaptarse a sus necesidades.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaauuuu! —gritó—. ¡Rock and rooullll!

VII

Tyree corrió por el patio al tiempo que los láseres montados en la capota del todoterreno, desplegados súbitamente, achicharraron el asfalto. Explotó un bidón de aceite y las gotas del líquido inflamado se dispersaron en un radio de diez metros. Sintió una punzada de dolor en la pierna cuando empezó a arder un trozo de sus pantalones. Apagó la llama y se impulsó contra el asfalto para ponerse de pie de un salto.

—¡Kling se ha vuelto psicótico! —le gritó a Stack.

El láser empezó a girar, y la sargento tuvo que agacharse para esquivar el rayo. Los motores del todoterreno rugieron y el coche empezó a avanzar.

Pero Kling seguía en el asiento trasero.

Aquello se había vuelto loco.

La mujer pudo ver a Kling golpeando los cristales mientras las ventanillas se elevaban, gritando dentro del espacio insonorizado, la boca abierta como un óvalo distorsionado e irregular. Slim se dirigió rápidamente hacia el porche zigzagueando con increíble agilidad para evitar convertirse en blanco de los rayos. A punto estuvo de alcanzarlo, pero el cañón en miniatura que sobresalía del techo disparó y una hilera de salpicaduras rojas recorrió la parte trasera de su mono de trabajo. Recibió un brutal empujón que lo lanzó a unos cuantos metros mientras sus

piernas seguían moviéndose, pero no había nada que hacer. Cayó sobre la arena prácticamente partido en dos. El cañón bajó el ángulo de disparo y se descargó completamente, agotando el cargador y escupiendo cartuchos ardientes de bronce. El cuerpo de Slim se estremecía mientras las balas entraban en su cuerpo y caían los casquillos alrededor de su cadáver.

Tyree había desenfundado el revólver, pero la dificultad estaba en saber a quién dispararle. Se refugió detrás de la casa, pero el todoterreno la persiguió. Definitivamente estaba fuera de control, moviéndose de un lado para otro sin que nadie lo condujese. Dentro, Kling podría estar sufriendo un ataque. Tenía la cara completamente roja y se estaba revolcando sin control. La primera suposición de la sargento había sido equivocada. El Oficial de Operaciones de T-H-R no tenía el control del vehículo.

Stack estaba debajo del porche, abriéndose camino por debajo de la casa. Eso lo mantendría fuera de la escena al menos durante el próximo minuto. Slim estaba muerto, Kling permanecía inmovilizado. De modo que sólo quedaba ella.

El vehículo, que se movía con enorme facilidad, avanzó por encima de Slim y giró al llegar a la esquina de la casa. El cañón estaba vacío, pero los láseres acoplados estaban cargados. El motorista había abandonado el lugar al primer atisbo de peligro grave y casi se había perdido en el horizonte. El perro de Slim corría en dirección al desierto, dejando que los humanos y su máquina se aclarasen con sus diferencias. Tyree tuvo ganas de dispararle al chuchó, pero ahorró munición.

El láser se movió y apuntó. Emitió una breve llamarada y el motorista –que todavía no estaba fuera de alcance– cayó de su vehículo. La cabeza salió rodando por su lado. Uno más que había muerto en la arena.

Aún sabiendo que no serviría de mucho, Tyree disparó

al centro del parabrisas, apuntando a la cabeza de un conductor invisible. El vidrio con aleación de durium no se rompió, por más que la bala se alojó en un pequeño cráter blanco. La sargento estaba armada con ScumStoppers, discos explosivos diseñados para abatir fanáticos, pero no para dañar a los todoterreno de la Caballería de Carreteras de EE.UU. Abatió a uno de los láser y el otro se ocultó rápidamente en el capó. Podía disparar a través de unos agujeros diminutos en los faros delanteros, así como desde la abertura. Eso le restaba flexibilidad de movimientos, pero no impedía el profundo corte del rayo. Y el todoterreno aún no había recurrido a sus morteros, a los gases de control de multitudes, a los amplificadores ni a una docena más de artilugios que poseía.

—¡Ooooooo! —vociferó el todoterreno al desviarse a sus altavoces los canales del sistema de sintetización de voz—. ¡Soy el maldito entre los malditos, el mayor villano, el cerdo más jodido que jamás se haya topado hombre alguno!

Del faro delantero salió un rayo rojo y la casa de madera se incendió. Más le valía a Stack salir pronto o el fuego caería sobre él. Tyree corrió, consciente de que no iba a ser nada agradable estar cerca de la gasolinera cuando el fuego alcanzara los tanques subterráneos.

—Soy el más sediento de sangre, el que dispara más rápido, el más jodido de los malditos desesperados.

Hincó una rodilla en tierra y apuntó a la rueda delantera.

—¡... norte...

Su puntería era perfecta, pero no le sirvió de nada.

—... sur...

La bala explotó, pero no así el neumático.

—... este...

Tyree no pudo hacerlo mucho mejor.

—... y OESTE del Pecos!

El todoterreno se le echó encima como un gato salvaje, avanzando lentamente, con el motor zumbando como una sierra circular. No podía decir exactamente lo que era, pero el vehículo tenía algo diferente. Por alguna razón, le vino a la memoria Spanish Fork. El sol, que arrancaba destellos del parabrisas tintado, producía exactamente los mismos dibujos que se reflejaban en las gafas ahumadas del venerable Seth cuando trató de matar a la motorista que le había robado.

Los demonios habían vuelto.

Pudo desplazarse de nuevo, pero cayó en la cuenta de que se estaba enfrentando a una inteligencia semejante a la de un perro de presa. Lo más probable es que la hiciese pedazos si salía a la carrera, si dejaba traslucir su miedo. Trató de afirmarse, las piernas ligeramente separadas, y empuñó su pistola. No era una situación de punto muerto, pero sí un callejón sin salida.

—¡Párate ahora mismo jodido y miserable hijo de puta, cyberpsicótico coche funerario!

El todoterreno hizo un alto en su marcha, y sus ventanillas tintadas se volvieron totalmente transparentes. Al otro lado del todoterreno, Tyree vio la estación de servicio en llamas. Una columna de humo negro se elevaba en el cielo sin nubes. En la parte de atrás del vehículo, Kling se arrancaba la ropa a jirones. La sargento se dio cuenta de que el sistema de refrigeración-calefacción se había vuelto loco. El traje de Kling humeaba y el sudor le salía a chorros por los poros. El hombre se debatía y en un momento sacó su revólver.

¡El muy idiota!

El estampido quedó completamente amortiguado, pero ella se imaginó la bala rebotando dentro del todoterreno hasta alojarse por fin en algo blando. Un asiento, o Ken Kling, la Máquina de Matar.

Si se había disparado a sí mismo, no se había puesto

fuera de combate puesto que seguía retorciéndose. Por primera vez, Tyree sintió lástima por aquel hombre.

También sintió preocupación por sí misma. Deseó haber dispuesto de algo más que un Energy y un recafeinado para su última comida. Deseó no haber dejado que el venerable Seth saliera de Spanish Fork sin tratar al menos de abatirlo. Deseó... Demonios, ahora no era cuestión de de-sear.

La puerta trasera del todoterreno se abrió con un susurro y Kling salió despedido, gritando y llorando. Se había atravesado el muslo. Su traje caro estaba hecho jirones. Su estiloso peinado se había deshecho y tenía el pelo revuelto.

¿Qué pensaría Ms. H?

–Retrocede, Kling –le gritó ella–. Lentamente.

Él no podía oírla, o no le prestó atención. Todavía empuñaba el arma. Disparó un tiro a lo loco. La sargento se dio cuenta de que el T-H-R la estaba apuntando y la insultaba.

–Nosotros no tenemos la culpa, Kling –le gritó, pero él se lanzó tambaleante hacia ella y volvió a disparar.

Aunque falló, esta vez se había acercado más. Ella desenfundó el revólver y lo apuntó hacia él.

–Kling –gritó de nuevo, sintiéndose estúpida–, no me obligues a dispararte.

La cara de él estaba enrojecida por el dolor y la rabia. Sangraba como una sanguijuela aplastada. La pierna herida se arrastraba inútilmente mientras él avanzaba pegado a un lateral del vehículo dejando una mancha.

Tyree habría jurado que la sangre desaparecía como el agua en la arena. El metal pulido y pintado ahora estaba limpio. Se imaginó unos labios de vampiro lamiéndolo.

El todoterreno se quedó parado como, como si él no tuviese nada que ver.

Kling estaba sólo a unos pasos. A esta distancia no podía fallar. Levantó el arma y le disparó. En los últimos tres

minutos de vida no haría más que repetirse que no había tenido más remedio que dispararle a la cabeza, que no había tiempo para herirlo solamente. Al fin, se sentiría como una mentirosa.

Stack había salido de debajo del porche y corría hacia ella.

El faro derecho del todoterreno parpadeó, y Tyree sintió el olor a piel chamuscada cuando el rayo le agujereó la bota de cuero y atravesó la carne y el hueso.

Sabía que estaba condenada a morir. Sólo iba a hacer un poco más de jaleo antes de que todo terminase.

VIII

Stack no se lo podía explicar. Leona acababa de disparar sobre Ken Kling. El todoterreno funcionaba en automático y mataba a la gente. La gasolinera estaba en llamas, y de un momento a otro saltaría por los aires como si fuera una celebración del Cuatro de Julio. Ésta no era, ni mucho menos, una ronda habitual de patrulla. Se había acabado la tranquilidad.

Sacó su arma, sin que le gustase nada el cariz que tomaban las cosas.

—Leona —la conminó—. Suelta el arma. Tal vez podamos salir bien parados de esto.

Ella cayó sobre una rodilla, como si estuviera herida, y lo miró. Stack vio el sufrimiento en sus ojos, pero no lo atribuyó al dolor físico, sino a la suposición instintiva de que tenía alguna culpa de todo lo ocurrido.

¡No había duda de que ella era la que tenía el control del vehículo! ¡Y también acababa de matar a un T-H-R!

Tyree había dejado caer el arma y estaba sujetándose la pierna con ambas manos.

—¿Leona?

Ella abrió la boca para responder y el todoterreno avanzó dando un tumbo. Debía de haber tropezado en una piedra al arrancar, porque se elevó del suelo. El parachoques delantero golpeó a Leona en el pecho, obligándola a retroceder, y el vehículo se abalanzó claramente sobre ella.

Stack lanzó un grito, y automáticamente descargó su pistola disparando al aire. Se le recalentó en la mano de tal modo que la tuvo que tirar.

El todoterreno retrocedió dejando a Leona tumbada sobre la arena, ya medio enterrada, y perdiendo abundante sangre oscura. Stack corrió hacia ella y la levantó en brazos. Tenía una marca reciente de neumático sobre el pecho, y el pelo revuelto y empapado de sangre, arena y aceite.

Todavía respiraba, pero él sabía que no había esperanza. Sacó una ampolla de morf-plus del equipo médico que llevaba colgado del cinturón y se la inyectó en el brazo. Mientras empujaba el émbolo de la jeringuilla, uno de los ojos de la teniente se abrió de golpe en aquel rostro ennegrecido por el hollín.

Él tenía algo que decirle, pero no fue capaz de emitir ningún sonido.

Ella se aferró fuertemente con una mano a la pechera de su camisa arañándole el pecho. Se sacudía violentamente mientras la droga le anulaba el sistema nervioso. Al menos desaparecería el dolor.

—¿Leona?

Por la nariz y la boca expulsó un vómito de sangre.

—Le... ¡oh...!

El todoterreno venía marcha atrás. Stack se desembarazó del cadáver y corrió. Corrió hacia la casa en llamas. El vehículo acortaba rápidamente la distancia entre ambos.

Del coche salió una voz.

—¡Cum-a-kay-ay-yipi-yipi-ay! —aullaba.

Sintió el ardor de las llamas al cruzar la casa a través de

los escombros humeantes. Un calor insoportable lo rodeaba por completo.

Detrás de él rugían los motores del todoterreno.

Los depósitos de gasolina explotaron y él se encontró en el centro de una bola de fuego.

IX

El pecho de Duroc estaba como nuevo. Incluso mejor. Gracias al tratamiento Zaratustra, creado por los más brillantes especialistas de GenTech y al alcance sólo de los más ricos, el cuerpo de Duroc se volvió más resistente y saludable, con capacidad para superar todos los golpes.

—Día tras día —murmuró—, me encuentro cada vez mejor en todos los aspectos.

La mujer del escritorio era de plástico. Podría haber sido un clon sexual con un conjunto de respuestas automáticas activado por la voz. Le sonrió y lo dejó pasar. No había mucha gente a la que se le permitiese entrar con tanta facilidad en la Logia Central de Salt Lake City.

Los dos hombres corpulentos permanecieron a su lado y Duroc atravesó las dobles puertas que daban acceso al despacho personal del venerable Seth.

El venerable estaba sentado de espaldas a la puerta, mirando hacia una gran pantalla de televisión compuesta por nueve módulos que colgaba de la pared. En cada uno de los módulos se veía un canal diferente. Era una babel de bandas sonoras. Lola Stechkin leía las noticias de la ZBC. Un policía biónico se quitaba el casco rematado por un tetón y golpeaba a un astroso terrorista francés en una serie policíaca británica bidimensional. El presidente Estévez decía algo con tono enfático. Una aristocrática dama, de abultados pómulos, que hablaba español, luchaba en una telenovela por aceptar la relación amorosa de su hija con

un dóberman. Un Oficial de Operaciones de película de dibujos animados expulsaba a los renegados cabeza de mohawk en un programa infantil con más violencia por minuto que las películas caseras de Hitler. Petya Tcherkassoff, vestida con una camisa blanca totalmente abierta por delante y unas bragas incómodamente apretadas, seducía a una quinceañera con una canción titulada *Mi corazón sangra de amor por ti* en un vídeo musical ruso. Y el Coro del Tabernáculo Josephita pedía dinero en la red local de Salt Lake.

Seth giró su sillón hasta quedar frente al escritorio, y sonrió. A Duroc le recordó vagamente una piraña. Era un gesto destinado únicamente a dejar al descubierto los afilados dientes. Seguro que no llegaba hasta los ojos que habitualmente ocultaba tras unas gafas oscuras. Lo único que adornaba las paredes del despacho eran las pantallas. En todos los rincones de la ciudad había cruces y retratos del venerable Seth y del auténtico venerable Shatner. Aquí no se necesitaban adornos.

El venerable se puso de pie y extendió una mano. Vestía un conservador traje negro, sin nada destacable en su confección, que reflejaba el estilo inmutable en los últimos doscientos años.

Se estrecharon la mano. Como siempre, Duroc se sorprendió de que la piel del venerable fuese tibia, normal. Un hombre de tal categoría debería tener la carne fría como el hielo y apretar la mano como si fuera un tornillo de banco.

—¿Cumplido el encargo?

—Como no podía ser menos.

El venerable era la cabeza visible de la Iglesia Josephita, una secta protestante fundada en 1843 por el visionario estadounidense Joseph Shatner. A base de pura fuerza de voluntad, Nguyen Seth había logrado reunir muchos seguidores y había convencido a Estados Unidos para que le traspasase la soberanía sobre el desierto de Utah. Le había

dado el nuevo nombre de Deseret. Había atraído a la región a los primeros convoyes de repobladores, supervisado los proyectos de irrigación y fertilización que hicieron crecer las cosechas allí donde la ciencia decía que no podía medrar nada, y había consolidado un poder que no tenía parangón en el medio oeste. Ahora, después de haber unificado y fortalecido a los josephitas, estaba buscando activamente repobladores entre los gentiles para aumentar la población.

No era un mal historial de logros para alguien al que a duras penas se podía calificar de humano.

Seth activó el intercomunicador de su escritorio.

—Saskia, ¿querrías traerme un cabrito y el cuchillo ceremonial?

Miró a Duroc.

—La sangre debe ser derramada, Roger. Debe sellar la misión.

El francés no fue capaz de ocultar su desagrado.

—Lo entenderás, Roger. Cuando llegue el momento, lo entenderás.

Las puertas del despacho se abrieron y apareció la mujer de plástico conduciendo a un cabritillo.